cudos. Y yo lo conservo como preciosísima reliquia por haber venido de aquel santo hombre.»

## 12. De las visiones

Enseñaba el Santo ser cosa de gran peligro para las personas espirituales desear visiones, y muchos que han ido en pos de este espíritu han venido a grande ruina.

También decía que las visiones, así buenas como malas, acostumbraban a tenerlas aquellos que no las desean, y por esto que no confiara la persona con decir no las deseo, y así no se verá expuesta a ilusiones o visiones malas, sino que es preciso mucha humildad, grande resignación y desprendimiento para no llegar a dejar a Dios por la visión.

Aseguraba que era cosa difícil recibir visiones y no ensoberbecerse, más difícil creerse indigno de ellas, como también no anteponer la suavidad de las visiones a la paciencia, obediencia y humildad.

Y añadía que aquellas visiones que no son útiles para sí en particular o en general a la Iglesia, no se deben apreciar en modo alguno.

Las verdaderas visiones al principio dan algún horror y espanto, pero luego dejan en mucha

paz y sosiego, y las falsas visiones causan todo lo contrario.

Advertía a los confesores que no diesen gran crédito a las revelaciones de sus hijos espirituales, sobre todo, si son mujeres, porque parece que tienen muchísimo espíritu, y, a lo mejor, se resuelve en viento; que muchos habían parado en suma ruina por andar tras semejantes cosas.

Por eso insistentemente exhortaba a los suyos que las rechazasen con toda violencia, que no temiesen con ello desagradar a su Divina Majestad, pues eso sirve de prueba en las falsas visiones.

Cierto día que el Santo subió a la *cátedra* para predicar, habló contra aquellos que fácilmente dan crédito a las visiones, raptos o éxtasis, y dijo: «Yo sé de una persona que está aquí presente que si quisiese podría arrobarse en éxtasis, habiéndole hecho Dios, entre otras muchas gracias, también ésta, pero tales cosas se deben evitar y ocultar.» Dicho esto, sintiendo arrobarse en espíritu, hizo todos los esfuerzos para no caer en éxtasis, y no pudiendo proseguir adelante golpeó con la mano sobre su rodilla, y dijo: «Quien desea éxtasis y visiones no sabe lo que desea. ¡Oh si todos supiesen lo que es un éxtasis!» Y prorrumpiendo en llanto bajó del sitio y se fue.

En otra ocasión, habiendo el P. Bordini hablado de éxtasis, así que hubo terminado, sentóse el Santo en la silla y dijo que como aquel Padre había tratado de éxtasis quería añadir una palabra. Continuó así: «Yo he conocido una mujer de santa vida que de continuo tenía éxtasis, y eso por mucho tiempo, y después Dios se los quitó. Os pregunto: ¿Cuándo pensáis que yo tuviese en mayor estima aquella mujer, al tener éxtasis, o después que no los tenía? Respecto de mí, añadió, era sin comparación mucho más apreciada cuando no tenía éxtasis que cuando los tuvo». Dicho esto bajó igualmente de la silla y se fue.

A ese mismo propósito, refiriendo al Santo que a una monja de la tercera orden de santo Domingo se le aparecía con frecuencia Nuestro Señor, y de continuo santa Catalina de Sena, él, que en esas cosas tenía mucha experiencia, contestó: *Las mujeres fácilmente se engañan; mas, decidla que cuando le vengan esas visiones les escupa a la cara, y sea quien fuere no haga de ellos aprecio alguno, y no las desee, sino que las desprecie.* Y a ello se atuvo la virgen, estando siempre en temor de ser engañada, siendo esta conducta de grandísimo provecho para su alma.

Sucedió a uno de los primeros hijos espirituales del santo Padre, llamado Francisco María,

apodado el *Ferrarese*, que una noche se le apareció el demonio en forma de la Santísima Virgen, con muchos resplandores, y contándolo a la mañana siguiente al Santo, le dijo éste: *Es el demonio y no la Santísima Virgen; si vuelve, escúpele en la cara.* Repitiéndose en la noche siguiente la misma visión, el *Ferrarese* le escupió en el rostro y desapareció en seguida, y continuando en su oración, poco después vino en realidad la Santísima Virgen, y queriendo él escupirle le dijo la Virgen: *Escupe, si puedes;* y probándolo, se halló la boca y la lengua tan secas que no le fue posible escupir, y la Santísima Virgen añadió que había hecho bien en seguir lo que se le había ordenado. Desapareció luego la visión, dejándole muy lleno de consuelo y alegría.

Para descubrir más y más engaños del demonio en esta materia voy a referir lo que ocurrió a Antonio Fucci, médico y penitente del Santo. Visitaba Fucci a una monja de santa vida, gravemente enferma, y hallándola cierto día toda elevada en Dios, esperó hasta tanto que ella tornó en sí, y dirigiéndose incontinenti a él le dijo: *¡Oh, cuán hermoso os he visto en este tiempo en el Cielo!* Antonio, oídas estas palabras, meditándolas con reflexión, lo contó al P. Felipe, y cayó enfermo el mismo día; aumentando el mal, el

enemigo del humano linaje, para engañar a Fucci, fue repetidas veces a visitarle fingiéndose médico, prometiéndole larga vida y asegurándole que no moriría de aquella enfermedad. Comunicó también todo eso al Santo, que cada día le visitaba, y Felipe le advirtió *que aquél ciertamente no era médico, sino el demonio,* y conociendo Antonio por estas palabras el engaño, se puso en manos de Dios, y a los pocos días entregó santamente su espíritu al Señor.

Solía después el Santo, con este ejemplo, enseñar a los suyos que aquéllos que se hallan en peligro de muerte no deben fácilmente dar crédito a las visiones, y, sobre todo, las que nos prometen larga vida, porque, por lo regular, son ilusiones del demonio deseoso de que el hombre muera sin prepararse para la muerte, y con esperanzas de vivir; añadía que era menor peligro no creer las verdaderas, que dar fe a las falsas.

Finalmente, recordaba a menudo aquella doctrina que conviene coger por los pies a los que quieren volar sin alas y echarlos a la fuerza al suelo, para que no queden prendidos en las redes del demonio, refiriéndose a los que van tras las visiones, sueños y cosas por el estilo, y enseñando que se ha de caminar por la senda de la mortificación de las propias pasiones y de la santa humildad.

Y aquí me parece no deber callar lo que sucedió a Matías Maffei, sacerdote penitente del Santo, quien después de haber sido curado milagrosamente por éste, en la noche siguiente de recibida la salud tuvo un sueño o visión que vamos a contar.

Parecióle, al citado sacerdote, que el Santo lo conducía a un espaciosísimo campo, donde había gran número de príncipes, rica y soberbiamente vestidos; pero en un instante, mientras que él estaba mirando, todo se convirtió en llamas, fuego y demonios, a los que vio comparecer en crecido número. Estando Maffei a una margen del campo bastante estrecha, procuraba un demonio tirarlo cuanto podía con garfios de hierro hacia el incendio, y mientras se iba defendiendo le miraba Felipe y sonreía. Tomóle, por fin, de la mano y le dijo: *¡Ea, Matías, no temas y ven conmigo!;* y en medio de una espesa selva de agudísimas espinas lo condujo, y el Santo andaba por ella seguro arrastrando con grandísimo dolor a Matías. De ahí lo llevó a otro hermosísimo campo, a cuyo extremo se levantaba una pequeña colina y al pie de ella había tres ángeles espléndidamente vestidos, uno llevando una cruz en la mano y los otros dos con candeleros y velas encendidas. Detrás de ellos seguía una multitud

de vírgenes, viudas y casadas, muchas de las cuales hacían reverencia al Santo, y otras invitaban a Maffei si quería irse con ellas. Pero, no atreviéndose a hablar, el Santo por él contestaba, diciendo que todavía no era llegado el tiempo, porque aun no era hombre de bien.

Pasaba toda aquella multitud por un largo camino con árboles floridos a una y otra parte, encima de los cuales había muchos angelitos que, arrancando floridos ramos y echándolos sobre aquella multitud, cantaban muy suavemente: *Gloria in excelsis Deo,* y el himno *Jesu, corona virginum.* Llegada, por fin, dicha multitud a la cumbre de la colina, entró en un bellísimo palacio, y luego que hubo acabado de entrar cesó la visión.

Fue Maffei en seguida, aquella misma mañana, al Santo para confesarse, y éste, antes de que Matías le dijese palabra, le preguntó si creía en los sueños. Y aprovechando esa oportunidad, intentó contarle lo que había soñado, mas Felipe, con rostro severo y casi regañándole, le dijo: *Vete de mi presencia. Es preciso ser hombre de bien y buen cristiano el que quiere ir al Cielo, y no atender a sueños ni hacer caso de las visiones.*

## CAPÍTULO III

# MORTIFICAR LA «RACIONAL» HUMILDAD

### 13. Desconfianza en nosotros mismos.

Siempre se debe desconfiar de uno y jamás fiarse de sí mismo; pues el demonio asalta de improviso, ofusca el entendimiento, y quien no vive en temor es vencido porque no tiene la ayuda del Señor.

Quien no quiere caer no debe fiarse de sí mismo ni presumir de sus propias fuerzas, sino decir a Dios: «Señor, no os fiéis de mí, no esperéis de mí otra cosa que mal, y yo caeré de seguro si no me prestáis auxilio».

Obra mal quien se fía de sí mismo, como también el que se pone en la ocasión de pecado diciendo no caeré, no lo cometeré; en ese caso

hay casi señal manifiesta que caerá con mayor daño de su alma.

Por eso decía que confiaba más de uno que fuese tentado de la carne y que resistiese huyendo de las ocasiones, que de otro que sin ser tentado no evitase las ocasiones.

De ahí que aconsejase se dijera a menudo y de corazón: *Señor, no os fiéis de mí, porque de cierto caeré si no me ayudáis;* o bien: *Señor mío, de mí no esperéis más que lo malo.*

Para conservarse en el santo temor de nosotros mismos y no presumir de nuestras fuerzas enseñaba que, hablando de las tentaciones, no se ha de decir *haré, diré,* que es una especie de presunción de sí, sino con humildad dígase: *Sé lo que debería hacer, pero no sé lo que haré.*

Aconsejaba, además, el Santo que todos se encomendasen a las oraciones de los otros.

Y él mismo, escribiendo al P. Juvenal Ancina, uno de sus primeros discípulos, de él muy amado, que a la sazón se encontraba en Nápoles para ayudar a la naciente Congregación de esta ciudad, dice así: «Os agradezco que os acordéis de mí en el santo sacrificio, que es un medio muy poderoso para alcanzar del Padre omnipotente nos conceda su gracia y misericordia; de lo que tenemos tanta necesidad por la *insignificancia*

*de nuestras acciones*, si no se apoyan sobre tal base. Por lo que si seguís con esta buena y santa obra se me acrecentará el contento que me da esta vuestra ayuda, y de antemano os doy las gracias por ello. Como la nave que tiene buen fondo de mar va surcando con más seguridad en su rumbo, así yo también, con la ayuda de los sacrificios y oraciones de muchas personas, me persuado que con más facilidad y más felizmente podré llegar al puerto de la vida eterna cuando al Señor le plazca llamarme».

## 14. Negación de la propia voluntad

Cuando uno sabe quebrantar la propia voluntad y negar a su alma los propios deseos se halla en buen grado de virtud. No saber, ni esforzarse en esto, es llevar consigo un semillero de infinitas tentaciones, y ese tal se hallará muy predispuesto a indignarse y a romper toda amistad, y raras veces se encontrará alegre, antes al contrario, estará melancólico y agitado por las cosas que le sucedan.

No se debe reservar para sí mismo tiempo ni lugar cuando se trata de ayudar al prójimo.

Dejar incluso la oración por la obediencia, o por el prójimo, no es propiamente dejar la ora-

ción, sino dejar a Cristo por Cristo, y es grande perfección, y pocos son los que saben hacerlo, porque eso no es otra cosa que privarse de los gustos espirituales para ganar almas para Cristo.

## 15. De la soberbia y amor propio

No hay cosa que tanto desagrade a Dios como engreírse por la propia estima.

Si se comete algún pecado o se cae en algún defecto se ha de pensar que Dios permitió la caída a causa de la soberbia.

La verdadera medicina para preservarse del pecado de soberbia es dominar y reprimir la altivez de espíritu; y siempre que el hombre se vea reprendido de algo no debe apenarse en demasía: porque (decía él) muchas veces suele ser mayor la culpa que se comete entristeciéndose por la reprensión, que el pecado por que ha sido amonestado; además, la amarga tristeza no suele de ordinario tener otro origen que la soberbia.

De ahí que después de la caída quería que el hombre se amonestase con estas palabras: Si hubiese sido humilde no hubiera caído.

No hay cosa más peligrosa para los principiantes en lo espiritual que querer hacer de maestro, gobernar y dirigir a los otros; quería el Santo

que primero se atendiera a convertirse uno mismo y ser humilde, a fin de que no nos parezca haber hecho algo, y, por tanto, incurramos en espíritu de soberbia.

Repetía a menudo: *Sed humildes, teneos en poca estima*, y esto lo inculcaba con mucha insistencia: «Essere e non parere»: Ser y no aparentar.

Desagradaba en sumo grado al Santo que las personas se excusasen, y decía que quien de veras desea llegar a santo no debe (excepto en algún caso) jamás excusarse, sino reconocerse siempre culpable, aunque no sea verdad aquello de que es corregido; y a los que se excusaban solía apellidarlos: *La Madre Eva*.

## 16. De la vanagloria

Para librarse de todo peligro de vanagloria quería el Santo que las devociones particulares se hiciesen en el aposento, diciendo que las delicias y consolaciones espirituales no se deben buscar en los lugares públicos, y de ahí que exhortase a evitar toda singularidad, origen y fomento sobre todo de soberbia, principalmente espiritual. No quería, sin embargo, que para huir de la vanagloria se abstuviese el hombre de practicar el bien.

Conforme a la doctrina de los santos Padres, solía el Santo distinguir tres clases de vanagloria. A la primera llamaba *Señora*, y existe siempre que la vanagloria va delante de la obra, y con este fin se hace. La segunda: *Compañera*, esto es, cuando el hombre no hace la obra por vanagloria, pero al hacerla siente complacencia. La tercera la titulaba *Sierva*, es a saber, que al hacer la obra nace la vanagloria, pero la persona en seguida la reprime, y luego añadía: Procurad, al menos, que la vanagloria no sea *Señora;* pues cuando es *Compañera* no quita el mérito de la obra buena, aunque lo perfecto consiste en que sea *Sierva*.

La gracia, decía el Santo, ama el retiro del corazón, y por eso los raptos, los éxtasis y las lágrimas en público y en presencia de la gente son sospechosos, a no ser que fuere necesario manifestarlos para utilidad del prójimo; pues la naturaleza busca la propia excelencia y ama la ostentación y aparato exterior.

Si Dios da alguna gracia interior sólo debe manifestarse al padre espiritual, de otra suerte se pierde.

Si se sabe la caída de alguno conviene moverse a compasión y no a indignación; pues uno de los medios más eficaces para conservarse casto

es compadecer al que por fragilidad cae, y no gloriarse de verse de ello libre; y con toda humildad reconocer que esto es fruto de la misericordia de Dios.

También decía que no sentir compasión en semejantes casos era casi señal manifiesta de caer muy pronto en castigo de la propia soberbia, y añadía: No hay mayor peligro en esa materia que no temer el peligro, y cuando uno no duda o no teme entonces lo tiene ya en puertas.

Conviene, pues, tener siempre compasión de los defectos del prójimo, pensando que si Dios dejara de sostenernos con sus manos actuaríamos aún peor.

## 17. De la humildad

Dios siempre ha buscado en los corazones de los hombres el espíritu de humildad y un bajo sentir de sí mismos.

Es altamente grata a Dios la humildad de aquellos que piensan no haber comenzado todavía a practicar el bien.

Sería mejor humildad si uno dijese cuando ha faltado: Señor, no me atrevo otra vez a prometeros mudar de vida y practicar el bien, ya que prometo y no cumplo y presumo temeraria-

mente de mis debilísimas fuerzas, que sólo me sirven para obrar mal; mas haced de mí lo que os parezca.

No basta sólo honrar a los superiores, sino también se debe honrar a los iguales e inferiores, y procurar ser el primero en honrar.

Quien es novel en el espíritu no debe buscar convertir a los otros, sino atender a cuidarse de sí mismo y hacerse fuerte contra las tentaciones y ser humilde, y no pensar que ha hecho algo, antes pensar que nada ha hecho, a fin de evitar caer en soberbia.

Ni en broma ni en serio debe el hombre decir jamás palabras en alabanza propia; y cuando ha hecho alguna obra buena y otro se la atribuye a sí, debe de ello alegrarse y considerarlo como gran beneficio de Dios; o al menos no debe apenarse porque otro se lleve la gloria de aquélla delante de los hombres, ya que en mayor grado la recuperará ante Dios.

Se debe rogar al Señor que si nos concede alguna virtud o algún don nos lo conserve oculto, a fin de mantenernos en la humildad y no tener ocasión de ensoberbecernos.

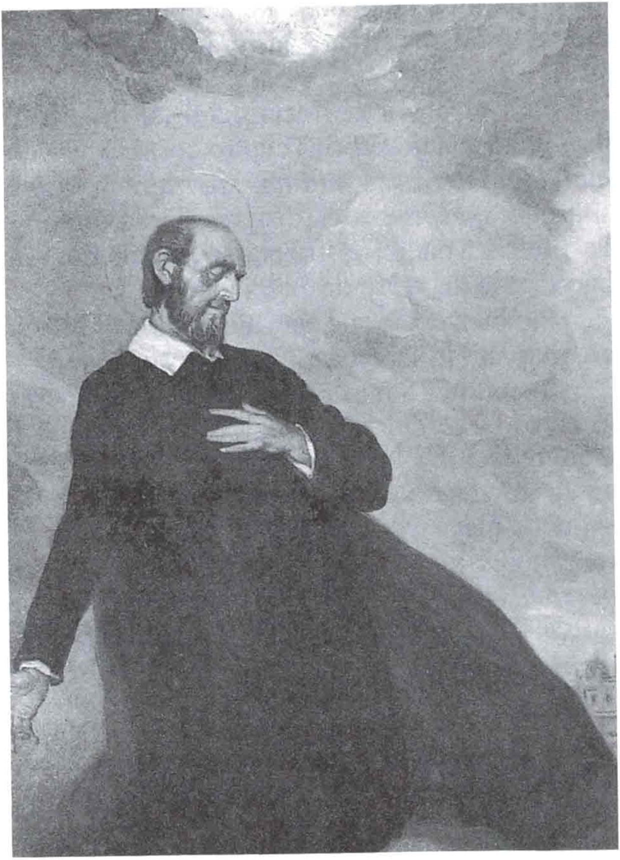
Por eso, cuando alguien decía algo que redundaba en alabanza propia, el Santo le reprendía diciendo: *Secretum meum mihi, secretum*

*meum mihi*, dando a entender con esto que no se deben publicar ni manifestar a otros las inspiraciones que Dios envía y las gracias que Él concede.

Para alcanzar perfectamente el don de la humildad son necesarias cuatro cosas: *Spernere mundum, spernere nullum, spernere seipsum, spernere sperni:* esto es, despreciar el mundo, no despreciar a nadie, despreciarse a sí mismo, y no hacer caso de verse despreciado.

También decía que para alcanzar la humildad era muy útil la sencilla y frecuente confesión.

Oyendo el Santo referir el buen comportamiento del P. Gentil Besozio, que entró en la Congregación a la edad de cuarenta años, y que en su noviciado era tan humilde al servir en la segunda mesa y en cuidar a los enfermos aún en los oficios más bajos, dijo así: *Sabed que las personas nobles, como lo es éste, cuando se entregan a servir a Dios se humillan de mejor grado que los otros.*



*Cuadro que venera en el oratorio de San Felipe Neri. Antonio Arias, 17. Madrid.*

# CAPÍTULO IV

# OBEDIENCIA Y MORTIFICACIÓN

## 18. De la obediencia

La obediencia es buena siempre que se obedece sin discurrir y se está seguro de que aquello que se le manda es lo mejor que puede hacer.

Aquellos que no viven bajo la obediencia sométanse voluntariamente a un docto y prudente confesor al que obedezcan en lugar de Dios, descubriéndole, con entera libertad y sencillez, todos sus problemas, ni determinen cosa alguna sin su consejo.

Quien vive bajo la obediencia del confesor se asegura no tener que rendir cuentas a Dios de las acciones que ejecuta.

La obediencia es un camino breve para llegar presto a la perfección.

Es de mayor estima uno que lleve bajo obe-

diencia una vida ordinaria que otro que por propia voluntad haga rigurosas penitencias.

No hay cosa más peligrosa para la vida espiritual como el querer gobernarse por su propio parecer.

No hay cosa que dé mayor seguridad a las acciones, y que destruya los lazos que tiende el demonio, como el hacer en el bien la voluntad de otro.

La obediencia es el verdadero holocausto, que se sacrifica a Dios en el altar de nuestro corazón.

Es preciso esforzarse en obedecer aun en las cosas pequeñas y que parecen de poca monta, pues así la persona se predispone a ser con facilidad obediente en las cosas importantes.

Cuán estimable sea la obediencia se deduce del hecho siguiente:

Francisco M.ª Tarugi, de los primeros compañeros del santo Padre, que más tarde fue cardenal, aunque por otra parte fue siempre obedientísimo al Santo, teniendo, sin embargo, deseos de levantarse por la noche para hacer oración, le pidió licencia para ello; mas Felipe, atendiendo a la debilidad de su complexión, se la negó. No se contentó Tarugi, y haciéndole nuevas súplicas puso por fin en ejecución su pensamiento, y la primera noche que se levantó se

perjudicó de tal suerte su cabeza, que por espacio de once meses no pudo tener oración ni un solo instante.

Quería el Santo que se obedeciese sin razonar, ni examinar las órdenes de los Superiores.

Pareciendo bien a los PP. de la Congregación enviar al P. Pompeyo Pateri a Milán por asuntos graves, y excusándose éste que no servía para ello, exigióle el Santo que obedeciese, y al partir le dijo: *Ve y confía en Dios; pero guárdate de examinar las órdenes de los Superiores, pues todo te saldrá bien y a gusto tuyo;* y así sucedió a pesar de los grandes obstáculos que hubo de por medio.

Alababa el Santo en esta materia a los PP. Teatinos, y solía decir: «En los Padres Teatinos juzgo cosa singular aquel obedecer prontamente y a ciegas, esto es, sin razonamientos, sujetando el propio entendimiento, que es aquella abnegación que exige nuestro Salvador».

Y porque el demonio acostumbra a engañar con querer hacer penitencias u otras cosas sin la obediencia del confesor, referiré, a este propósito, un caso que se lee en la vida de nuestro Santo.

Un penitente suyo tomaba disciplina a diario sin licencia del Santo, y entrándole de ello escrúpulo se la pidió. San Felipe, conociendo que no

le era conveniente, le contestó que no sólo no se contentaba de que la hiciera todos los días, sino que le ordenaba no la hiciese nunca más. No se sujetó el penitente, y tanto le importunó, que por fin le dijo: *Pues bien, te mando que hagas la disciplina una vez a la semana,* fijándole el día. No pasó mucho tiempo que hubo de manifestar este penitente al Santo que, llegado el día prefijado, sentía tanta repugnancia a la disciplina, que le era imposible practicarla, a pesar de que antes del mandato la hacía diariamente con plena satisfacción.

## 19. De la mortificación

Era máxima del Santo que quien no se hallase dispuesto a soportar la pérdida del honor no podía adelantar en las cosas del espíritu.

De ahí que insistiera muchísimo en esto: que el hombre pusiese todo su empeño en mortificar principalmente el entendimiento, y a menudo solía decir: *La santidad del hombre está en este espacio de tres dedos;* y mientras esto decía se tocaba la frente, y luego, declarando más la frase, añadía: *Toda la importancia está en mortificar la* RACIONAL (palabra que le era muy familiar, entendiendo por la *racional* el juicio propio) y *en*

*no querer mostrarse sabio y discurrir acerca de todo.*

Añadía, además, que la perfección consiste en sujetar la propia voluntad y en depender de quien nos gobierna; por eso decía a los suyos que no tenía en mucha estima las abstinencias, ayunos y obras semejantes, si existe la propia voluntad, y que se esforzasen en dominar la *racional*, aun en las cosas pequeñas, si querían vencer las grandes y adelantar en el camino de la virtud.

Por eso cuando se le presentaba alguna persona que tenía fama de santidad solía probarla con las mortificaciones, y si la encontraba mortificada la tenía en estima; de otra suerte la consideraba sospechosa, siendo su máxima que donde no hay mortificación no podrá haber santidad.

Sin embargo, decía que la perfección del cristiano está en saber mortificarse por amor de Cristo, y que las mortificaciones exteriores ayudan poderosamente para alcanzar la mortificación interior y las demás virtudes, y que sin mortificación nada se logra.

El P. Pedro Consolino solía decir que san Felipe anteponía la mortificación a todas las cosas, pues era máxima suya que mucho más aprovechaba mortificar una pasión propia, por pe-

queña que fuese, que innumerables abstinencias, ayunos y disciplinas.

## 20. De la abstinencia y del ayuno

Aunque el santo era tan rígido y austero para consigo, de modo que fue certificado por médicos de gran fama que vivía más por virtud del Santísimo Sacramento, que todos los días recibía, que por el alimento corporal, sin embargo, no quería que los suyos le imitaran en esto, y les decía: *Que en la mesa, sobre todo, donde se juntan se debe comer de todo, sin decir esto no lo quiero, eso no me gusta.*

Desagradábale muchísimo que se comiese fuera de tiempo, por lo que a uno que tenía esa costumbre le dijo: *Tú jamás tendrás espíritu si no te enmiendas de esto.*

Daba también por consejo que no se empezara a comer antes que los otros, ni antes de sentarse a la mesa y dicha ya la bendición.

No podía tolerar que los suyos hiciesen cosa superior a sus propias fuerzas, diciendo ser mejor de ordinario dar al cuerpo algo más de alimento que un poco menos de lo que necesite, pues el *más* se puede con facilidad quitar, pero si el hombre, por poco alimento, echa a perder su

salud, no puede tan fácilmente recobrarla; y cierta vez dispensó a un penitente suyo de algunos ayunos de viernes y sábado a causa de la enfermedad de podagra que padecía, y le dijo que mucho más agradable a Dios sería y a la Santísima Virgen que diese mayor limosna que la de costumbre.

Acerca de esto añadía que el demonio a veces suele astutamente incitar a los hombres espirituales a las penitencias y rigores del cuerpo, a fin de que hechos indiscretamente se debiliten de tal modo que no puedan luego atender a las obras de mayor fruto; o bien, espantados por la enfermedad contraída, dejen los acostumbrados ejercicios y vuelvan las espaldas al servicio de Dios.

De ahí que estimase mucho a los que, atendiendo prudentemente a la mortificación del cuerpo, ponían todo su empeño en mortificar sobre todo la voluntad y el entendimiento aun en las cosas mínimas, con preferencia a los que se entregaban a los rigores y austeridades corporales.

Sin embargo, quería se evitase la gula, y referente a esto contaba el venerable P. Mariano Sozzini haber oído de los primeros compañeros del Santo un aviso de san Felipe que solía inculcar a los suyos, a saber: *La primera lucha del que se convierte a Dios debe ser combatir los place-*

*res del sentido, y singularmente la gula, de cuya victoria depende la exterminación de muchos otros vicios.*

## 21. Acerca de las penitencias corporales

Ayunar, tomar disciplina y otras semejantes prácticas aflictivas no se han de hacer sin licencia del confesor, y quien por impulso propio las hace, o trastornará su salud o acrecerá en soberbia, pareciéndole haber hecho algo notable.

No conviene aficionarse tanto a los medios que prescindamos del fin, al que están ordenados los medios, esto es, la caridad y amor de Dios y mortificar la *racional*. Por eso yerran muchísimo aquellos que sólo atienden a mortificar el cuerpo con abstinencias, disciplinas, peregrinaciones, cilicios y actos por el estilo, y ahí se detienen pareciéndoles haber llegado a la meta, y no advierten que todo esto es nada si esos medios no nos conducen a temer ofender a Dios, a observar con amor sus mandamientos y humillarnos y desapegarnos del mundo para, de todo corazón, servir al Señor.

Siempre que alguno, por propia voluntad, quiere ayunar, disciplinarse, llevar cilicio y demás prácticas de esta clase, y el confesor no es de

ese parecer, no debe violentar al confesor ni recabar a la fuerza el apetecido permiso.

## 22. Evitar la singularidad

«Es muy propio de la virtud evitar toda suerte de singularidad y no manifestar ser ni hacer más que los otros.

»Sobre todo los sacerdotes deben evitar toda clase de manifestación exterior, para librarse así de la ocasión de ensoberbecerse, y a fin de no dar motivo al prójimo a creer que obran con hipocresía.»

Puesto que desagradaban muchísimo al Santo las singularidades, asimismo fue, en esto, un ejemplar modelo. En efecto, de él decía el P. Alejandro Fedeli, uno de los primeros compañeros del Santo, *que de un modo particular había quedado admirado cómo el Santo había podido juntar en sí una santidad singular, sin hacer cosa alguna que fuese singular respecto de los otros.*

Por esta razón contaba el P. Pedro Consolino que san Felipe dio una seria reprimenda a un penitente suyo, porque al servirle en la Misa había hecho algún acto externo de devoción.

## 23. Evitar el ocio

Siempre se ha de estar ocupado en algo (máxime estando solo en el aposento): o leyendo algún libro espiritual, las vidas de los Santos, la Sagrada Escritura, o rezando el Rosario, arreglando los libros y otras cosas por el estilo, a fin de que el demonio no nos halle ociosos.

El ocio es como la peste para el cristiano.

*No se ha de diferir obrar el bien, porque la muerte no tarda en venir*, decía.

*No es tiempo de dormir, pues el Paraíso no se ha hecho para los comodones.*

*Si ha terminado la hora de la oración, no ha concluido el tiempo de obrar bien.*

Por eso el Santo, para estimular a los jóvenes a que no estuviesen ociosos, solía decirles: *Dichosos vosotros, dichosos vosotros, que tenéis tiempo de hacer el bien.*

Decía haber oído de san Felipe, el hermano Gil Calvelli, *que para ser cristiano se requiere algo más que bagatelas.*

Según afirma el cardenal Federico Borromeo, solía decir el Santo, a propósito de la fuga del ocio, que se debe emplear bien el tiempo sin reservarse instante para sí: *que el ser pobre aún del tiempo era gran pobreza, pero que muchos se contentaban con ser pobres de hacienda, mas no de tiempo.*

## CAPÍTULO V

# COMO VENCER LAS TENTACIONES. ALEGRÍA DE ESPÍRITU

### 24. De las tentaciones en general

Decía el Santo que, siendo el demonio espíritu soberbio y tenebroso, no se vence mejor que con la humildad de corazón, manifestando sencilla y claramente sin ambages los pecados y las tentaciones al confesor.

Daba por consejo que cuando se presentan las tentaciones e interiormente hablan al corazón, diciéndonos, p. ej., ¿qué harías si encontrases una bolsa llena de oro y supieses su dueño? ¿Se la devolverías? Si encontrases a tu enemigo que te persiguiera y pudieres matarle sin que nadie lo supiere, ¿lo harías? Si te hallases solo con sola ¿cómo te portarías?, etc., etc.; debes responder con humildad a la tentación: *No sé lo que haría,*

*pero sé muy bien lo que debiera hacer.* Y ésa es mejor respuesta que decir: *No, no lo haría,* porque contestar así equivale a una especie de presunción y a cierta confianza en las propias fuerzas, que muchas veces no tenemos.

Después de la tentación no se debe discurrir si se ha consentido o no se ha consentido, pues semejante razonamiento despierta de nuevo la tentación sensual.

Contra las tentaciones acerca de la fe aconsejaba que se dijese: *Creo, creo,* o bien que se rezase el *Credo.*

*Eviten los jóvenes el pecado de la carne y los viejos el de la avaricia y seremos santos,* decía.

A este propósito refería un penitente del Santo, que más tarde fue cardenal, lo que san Felipe le dijo en cierta ocasión: *Me dijo* —son palabras textuales—, *que si no hubiese sido casto no me hubiera estimado nada, aunque en lo demás fuera un hombre honrado; que la castidad era cosa celestial, piedra preciosa desprendida de la suprema mansión; muy cuerdo es* QUI VENDIDIT OMNIA QUAE HABUIT ET EMIT EAM.

## 25. Tentaciones de desesperación

En el Monasterio de Santa Marta, de Roma,

una monja llamada Sor Escolástica Gazzi, al ir al locutorio para hablar con el Santo y descubrirle un pensamiento que ella jamás había comunicado a persona alguna (era este pensamiento que le parecía estar condenada), el Santo, antes que la monja comenzase a hablar, le dijo: *¡Qué haces, Escolástica, qué haces! El Cielo es tuyo.* Contestó la monja: Pues, Padre, lo dudo, y será todo lo contrario, porque me parece estar condenada. Repuso Felipe: *Dígote que el Paraíso es tuyo, y lo voy a probar: dime ¿por quién ha muerto Cristo?* Dijo ella: Por los pecadores. Añadió el Santo. *Y tú ¿qué eres?* Contestó: Una pecadora. Replicó el Santo: *Pues el Paraíso es tuyo, tuyo, con tal que estés arrepentida de tus pecados.* Deducida esta consecuencia la monja quedó consolada, y desvaneciósele aquel pensamiento sin molestarle nunca más, pues siempre parecíale que resonaban en sus oídos aquellas palabras: *El Paraíso es tuyo, tuyo.*

Estando cercano a la muerte Gabriel Tana fue tentado de desesperación, apareciéndosele el demonio con aspecto feroz y terrible; y espantóle de tal suerte, que trasmudóse su faz y desconsolado gritaba: *¡Ay de mí, miserable, cuántos pecados, ay de mí!* Y el Santo, que le asistía a su lado,

le dijo: *Ten valor, hijo, y di: «Discedite a me omnes qui operamini iniquitatem: ¡Alejaos de mi cuantos obrais la iniquidad!»; y no temas, porque si has pecado Cristo ha padecido y pagado por ti. Entra pues hijo mío en su costado y en sus santísimas llagas, y no tengas miedo, pelea varonilmente, que pronto vencerás.* Como así fue, muriendo en los brazos del Santo.

## 26. Del espíritu triste y melancólico. De la sequedad o aridez de espíritu

Decía el Santo que la melancolía y turbación de la mente trae grande daño al espíritu.

No podía sufrir que los jóvenes estuviesen melancólicos y pensativos, pues eso les causa daño al espíritu; y si veía que alguno de ellos no estaba alegre, en seguida inquiría la causa de su tristeza, y le daba luego una palmadita diciéndole: *Está alegre*. Por la larga experiencia adquirida en la guía de las almas, decía *que era mucho más fácil guiar por el camino del espíritu a los hombres alegres que a los melancólicos;* de ahí su particular simpatía e inclinación hacia las personas alegres.

Había en la Congregación un hermano llamado Alejandro Illuminati, de carácter melan-

cólico; el Santo Padre, que mucho le amaba por su bondad, a menudo le decía: *Alejandro, sé alegre y deja aparte esa tu melancolía;* y a veces le amonestaba para impulsarle a estar alegre.

Contaba el P. Pedro Consolino que estando cierto día el P. Francisco Bernardo muy predispuesto a la melancolía, curóle san Felipe invitándole a correr, al tiempo que le decía: *¡Ea, corramos*! Con esto el P. Bernardo libróse de la melancolía y se serenó totalmente.

En tiempo de aridez de espíritu decía el Santo que es óptimo remedio imaginarse en la presencia de Dios y de los Santos como si fuese un mendigo, y como tal ir ora al altar de este Santo, ora al altar de aquel otro, para pedir su limosna espiritual con el afecto y sinceridad con que acostumbran pedirla los pobrecillos. Y eso aconsejaba también el Santo que se hiciese yendo corporalmente a la iglesia del Santo invocado, para pedir allí esa santa limosna.

Daba como aviso a las personas espirituales que estuviesen dispuestas tanto a disfrutar de los gustos de las cosas de Dios cuanto a padecer y estar en sequedad de espíritu y de devoción por todo el tiempo que pluguiese al Señor, no quejándose de cosa alguna.

## 27. Alegría de espíritu y sencillez cristiana

Decía el Santo que la alegría conforta el corazón y hace que se persevere mejor en el buen camino; por lo tanto, el siervo de Dios ha de estar siempre alegre.

Gusto anticipado del Cielo llamaba el Santo a la paz y alegría.

Añadía, sin embargo, que la alegría es buena para el que sirve a Dios, pero conviene huir de la disolución y procurar no caer en el espíritu burlón, porque aquéllos que se deleitan en las burlas se hacen ineptos para recibir el espíritu de Dios, y si tienen algo bueno en sí pronto lo pierden.

Aborrecía en exceso toda afectación, tanto en sí como en los otros, ora en el hablar, ora en el vestir y en todas las cosas: rehuyendo en particular algunas ceremonias que huelen a seglarismo y ciertos cumplidos que se usan en las Cortes; mostrándose en todos sus actos muy amigo de la sencillez cristiana. Por eso no se avenía muy gustoso siempre que le precisaba tratar con personas de apariencia mundana; pero, sobre todo, le desagradaba tratar con almas fingidas que no obrasen leal y sinceramente en sus asuntos; fue enemigo declarado de la mentira, y a los suyos encargaba que se guardaran de ella como de la peste.

# CAPÍTULO VI

# CASTIDAD

## 28. De las tentaciones sensuales

En las tentaciones que surgen de la lascivia de nuestra carne, acuda el tentado enseguida a Dios, haga sobre su corazón tres veces la señal de la cruz, y diga: *Cristo, Hijo de Dios, ten misericordia de mí;* o bien el verso del Salmo: *Deus, in adjutórium meum inténde, Dómine, ad adjuvándum me festina;* o también: *Cor mundum crea in me, Deus, et Spíritum rectum ínnova in viscéribus meis,* que quiere decir; *¡Dios mío ven en mi ayuda, apresúrate Señor a socorrerme! Crea en mi, oh Dios, un corazón puro, y renuévame por dentro con Espíritu firme;* y bese la tierra, diciendo al tentador: Te acusaré a mi Padre espiritual si me tientas de nuevo.

Las tentaciones carnales se deben temer y huir aun en las enfermedades y en la vejez misma, mientras incluso se puedan cerrar y abrir los

párpados, porque el espíritu de fornicación no perdona lugar, ni tiempo, ni persona.

Si la persona se halla perezosa y desabrida y siente apetitos sensuales molestos y frecuentes, no decaiga de ánimo, porque Dios, cuando quiere conceder una virtud, suele primero permitir que sea tentada con el vicio contrario, para que, peleando y resistiendo, se haga merecedora de aquella virtud por la que ha luchado.

Para conservarse casto ayuda eficazmente manifestar la tentación al Padre espiritual, aunque no se hubiere consentido en falta alguna, descubriendo todos los pensamientos con entera libertad sin ocultar cosa alguna, puesto que la llaga mejor se cura en habiéndola enseñado al médico.

Contra las tentaciones que suelen venir por la noche récese con devoción, antes de acostarse, el himno de Completas: *Te, lucis ante términum.*

## 29. De la deshonestidad

Solía decir, a propósito de la deshonestidad, que *la hediondez de este vicio era tan grande, que en el mundo no había hedor que se le pudiera comparar.*

Por eso, si casualmente encontraba alguna mujer de mal vivir, aunque él no la viese, ponía

la mano o el pañuelo a la nariz, haciendo los ademanes que suelen hacer los que huelen algo repugnante al olfato.

Y a los penitentes suyos, que a veces se le acercaban embrutecidos con esa mancha, antes que ellos hablasen les decía: *Hijo mío, tú hiedes;* y otras veces: *Hijo mío, yo conozco tus pecados por el olfato.* De ahí que algunos de ellos que esto sabían, al caer en ese defecto no se atrevían a ir a él libremente, temiendo verse descubiertos al comparecer a su presencia, pues conocía ese defecto con solo mirarles a la cara.

No estará fuera de propósito referir lo que le sucedió a Antonio Fucci, médico, quien sintiendo gravísimas tentaciones al asistir a las mujeres resolvió dejar su carrera. Pero, por otra parte, no teniendo con qué vivir, consultó su pensamiento con su santo Padre, y éste, compadecido de él, le dio una de sus ligas diciéndole *que continuara ejerciendo como antes la medicina, que la tentación no le molestaría ya más, advirtiéndole que mirara tan sólo lo que fuese necesario, evitando la curiosidad.* Obsérvólo así, y llevando dicha liga, no sintió más semejantes tentaciones.

En general, a todos recordaba que la verdadera custodia de la castidad es la humildad.

Y, sobre todo, de continuo advertía a sus penitentes aquella doctrina tan inculcada por los Santos: que así como unas tentaciones se vencen peleando, luchando, otras despreciándolas, pues ese vicio sólo se combate huyendo, y por eso solía decir: *En la guerra contra la sensualidad vencen los cobardes, es decir, los que huyen.*

## 30. Consejos a los jóvenes para conservar la castidad

No es bueno que los jóvenes, después de la comida, se retiren en seguida a sus aposentos solos, ni aun para leer o escribir, o hacer otra cosa; sino estén juntos conversando entre sí, pues en ese tiempo el demonio acostumbra a dar mayores asaltos: éste es el demonio llamado por la Sagrada Escritura *meridiano,* del cual deseaba el santo David verse libre.

Deben los jóvenes huir como de la peste de tocarse unos a otros, ni aun las manos; no estén juntos a solas, aunque sean parientes o sean de buenas costumbres; pues, aun cuando sean virtuosos y no tengan pensamiento alguno perverso, sin embargo, podría éste sobrevenir.

Advertía, asimismo, que se abstuviesen de acariciar a los animales, pues evitándolo, más

fácilmente se conservarían castos.

Los jóvenes no deben juguetear ni aun con sus hermanas para conservarse puros y castos, puesto que el demonio, como habilidísimo sofista, enseña a hacer abstracción y a decir mujer, y no hermana.

En corroboración de esto añadiremos: Se confesaba con el P. Angel Velli uno de los primeros compañeros del Santo, un joven que tenía costumbre de juguetear con sus hermanas; su confesor, como buen discípulo del Santo, repetidas veces le dijo que no lo hiciera. Pero el joven, que era bueno, viendo que su confesor tantas veces le repetía lo mismo, se enfadó con él. Un día, el P. Angel le dijo: Escucha, hijo, no te da escrúpulo esto, ¿no es verdad? Contestó el penitente: No, padre, no tengo de ello escrúpulo alguno. Añadió el P. Angel: Pues bien, ve al P. Felipe y aconséjate con él. Así lo hizo, y Felipe, habiéndole oído, le preguntó que estudiaba. Respondió el joven: Lógica. Repuso el Santo: *Pues sepas que el demonio, como habilísimo lógico, enseña a hacer abstracciones y a decir mujer, y no hermana.* Quedó el joven convencido con estas palabras y jamás volvió a jugar con sus hermanas, recibiendo del Santo, junto con el remedio, fuerzas para poner en ejecución su consejo.

La paciencia que tuvo el Santo con los jóvenes para tenerlos alejados del pecado es indecible; pues toleraba que, a la puerta de su aposento, metiesen ensordecedor ruido, por más que algunos de casa se lamentasen mucho de la poca discreción de ellos. Quejándose un día los jóvenes al Santo, pues habían sido reprendidos, les contestó: *Dejad que digan; vosotros jugad y estad alegres, pues sólo exijo de vosotros que no pequéis.*

A propósito de esto, un gentilhombre romano que con frecuencia visitaba al Santo, maravillado del ruido que metían aquellos jóvenes, le preguntó cómo podía soportarlo. Y el Santo le dijo: *Con tal que no cometan pecados, en cuanto a los demás gustoso sufriría que cortasen leña sobre mis espaldas.*

A los jóvenes, para conservarse puros, daba estos cinco breves consejos:

*Primero:* Que se apartasen de las malas compañías.

*Segundo:* Que no cuidasen delicadamente su cuerpo.

*Tercero:* Que evitaran el ocio.

*Cuarto:* Que frecuentasen la oración.

*Quinto:* Que frecuentasen los Santos Sacramentos y, en particular, el de la Confesión.

# CAPÍTULO VII

# PACIENCIA, PRUDENCIA Y DESPRENDIMIENTO DE LA HACIENDA

## 31. De la paciencia

Al siervo de Dios le es muy necesaria la paciencia: no se ha de angustiar en los trabajos, antes al contrario, debe esperar el consuelo, porque Dios jamás envía una tribulación sin que conceda luego alivio de la pena.

Conviene prepararse para la paciencia y no decaer de ánimo, porque acostumbra Dios a entretejer la vida humana con trabajo y consuelo, al menos interior.

No se ha de rehusar cruz alguna, pues a buen seguro que encontraríamos otra mayor, no existiendo cosa más bella que hacer de la necesidad virtud, a más de que los hombres, por lo regular, se fabrican la cruz por sí mismos.

Refería el P. Pedro Consolino que el Santo le dijo muchas veces: *¡Cuánta paciencia tuvo Cristo, Rey, Señor del cielo y de la tierra, con los Apóstoles, sufriendo de ellos muchas descortesías y faltas de urbanidad por ser ellos pobres y toscos pescadores! ¿Y cuánto más no debemos soportar nosotros de nuestro prójimo cuando nos falta a la atención debida?*

A propósito de esto, un caballero romano se expresa así: Siempre que pasaba algún trabajo, o persecución, me decía el Santo: *«No temas, ten confianza en Dios»,* y me encargaba rezase el Credo, un Padrenuestro y un Avemaría cada día por aquellas personas que me molestaban.

## 32. De la discreción

De gran perfección es que una persona sea discreta sin traspasar los límites de lo conveniente, y, no obstante, muchos, en especial los que comienzan a servir a Dios, por no tener la ciencia de la discreción se entregan a veces a una vida austerísima y cargan sobre sí rigurosas penitencias, ayunando, llevando puntiagudos cilicios, durmiendo sobre una tabla, velando toda la noche en oración; lo cual, como desproporcionado que es para ellos, por sobrepasar sus fuerzas, con

el tiempo se hallan quebrantados y fatigados en cuanto al cuerpo y también respecto del alma.

No conviene hacerlo todo en un día, ni querer ser santos en cuatro, sino poco a poco y grado por grado.

Hay algunos que, poco a poco, se cargan en demasía, obligándose a rezar diariamente muchos rosarios, el oficio de la Virgen y el de Difuntos y otras varias oraciones, una por aquello, otra por lo de más allá, etc.; todas, en realidad, son en sí buenas, pero tomadas en conjunto sobreabundan, y he ahí que, al rezarlas todas, se cansan, y, al fin, por fastidio, las dejan, aparte de que impiden la oración mental. No obstante, es muy recomendable tomar una oración buena y perseverar en ella sin dejarla jamás.

Es utilísimo interrumpir a tiempo las oraciones de costumbre, siempre que el confesor lo recomiende o insinúe.

Cuán prudente fuese el Santo y cuánto le agradaba esta virtud se puede colegir de una carta que, en su nombre, escribió el P. Francisco M.ª Tarugi al P. Alejandro Borla, que, en Nápoles, trabajando sin descanso con ardoroso celo, se había puesto enfermo: «Os digo, de parte del P. Felipe, que escojáis habitación conveniente, y que elijáis los mejores oficiales que podáis ha-

llar, y entre ellos, repartir los cargos y las horas, así del día como de la noche, dando a cada cual el alimento y descanso proporcionado a la pesadez y duración del trabajo. Os manda el Padre que, por la noche, no os levantéis, y que os acostéis a hora que os permita estar siete en la cama. Os manda que después de la comida descanséis media hora aproximadamente, conforme os demande la naturaleza; y no os parezca a vos ni a los demás que sea esta vida comodona, pues quien se cansa de tantas maneras, como un buen sacerdote está obligado, rezando el Oficio divino, celebrando Misa, orando mentalmente y estudiando, hablando y exhortando, se gasta tanto que, si no toma ese dicho descanso, añadiendo además el cansancio corporal, pronto se aplasta bajo el peso de la carga, y aplastado no hace con viveza de espíritu los ejercicios de la vida espiritual: así, pues, no os olvidéis de vuestra necesidad de comer y de beber, de vestir y de dormir, porque sois propenso a excederos; excedeos, sí, en ser manso y paciente, humilde y caritativo, que estas cosas son buenas por sí mismas; las demás cosas corporales, como ayunos, vigilias y otras clases de mortificaciones, son buenas en cuanto van encaminadas a la caridad y a otras virtudes interiores y al bien del alma».

## 33. De la prudencia cristiana

Preguntado en cierta ocasión el santo Padre por san Carlos Borromeo cómo era que le obedecían tan perfectamente los de su Congregación, mientras que él no lo había podido lograr de sus sacerdotes, contestó: *Soy obedecido porque mando poco.*

No debe tomarse a mal ni mostrar disgusto si se es corregido por príncipes y superiores mayores; al contrario, se debe volver a ellos con la misma alegría de rostro, a fin de disipar toda sospecha de haber quedado disgustado.

No debemos nunca afianzarnos en el propio criterio; mas, en todo asunto, pídase consejo al confesor y la oración de todos.

Dio el Santo al cardenal Federico Borromeo este prudente y cristiano consejo para regularse en los negocios mundanos: *Que entrase en ellos con el mundo y saliese con Dios.*

Acerca de la prudencia escribe, en una carta, así: *Conviene haber vivido y practicado mucho para alcanzar la prudencia y tener buen criterio para saber regir y gobernar, ya en la bonanza, ya en la tormenta, la nave.*

En las resoluciones y asuntos de mucha importancia solía decir que, para acertar, se requiere oración, consejo y tiempo.

## 34. De la avaricia y del desprendimiento de todo lo del mundo

Decía el Santo que no adelantaría en la virtud quien de algún modo se hallase poseído de la avaricia; que la experiencia le había enseñado que más fácilmente se convierten los hombres entregados a la sensualidad que aquellos que están dados al vicio de la avaricia, por eso llamaba a la avaricia *peste del alma.*

Si conocía que alguien era avaro formaba de él pésimo concepto, y si alguno de éstos le pedía permiso para ayunar le contestaba: *Señor, no; haced limosna.* Y cuando quería reprender tácitamente de eso a alguno, se valía de este estribillo: *Quien quiere riquezas, nunca tendrá espíritu.*

Era máxima suya que todos los pecados disgustan mucho a Dios, pero, sobre todo, la lujuria y la avaricia, asegurando, además, que ésta es de muy difícil curación. Por lo tanto, se debe de continuo rogar a Dios que no permita seamos dominados por el espíritu de avaricia, y que nos deje vivir libres de los afectos de este mundo. En suma, tenía por tan importante y fructuoso ese aborrecimiento, que solía decir: Dadme diez personas verdaderamente desprendidas, y tengo ánimo con ellas de convertir el mundo entero.

Un mercader, penitente suyo, que se alababa de haber ahorrado mucho dinero y confiaba dentro de poco alcanzar crecida ganancia, fue a contar al Santo su estado; pero Felipe, con estas dos palabras *¿y después?*, le movió a que muy pronto se resolviera a dejar los negocios, y ordenándose de sacerdote llegó a ser un gran siervo de Dios. Con el mismo *¿y después?* redujo a otros a abandonar el mundo y sus vanidades.

De los avaros daba el Santo esta comparación: *El topo es un ratón ciego que siempre está en la tierra, come y ahonda la tierra y jamás se harta de la tierra. Así es el hombre y la mujer avaros. Las mujeres, por naturaleza, son avaras. Cosa fea es la avaricia.*

Era el Santo tan desprendido de todo lo de este mundo, que si tenía que comprar algún libro solía decir: *No compro afectos,* significando que no hubiera jamás comprado libros si le hubiesen llevado su afecto; sólo los compraba por la utilidad o necesidad que de ellos tenía.

Respecto de esto, no será fuera de propósito advertir, también, que nuestro Santo no quiso jamás prestar a otros sus libros, no por el afecto que a ellos tuviese, sino para evitar la ocasión de que los otros faltasen, sabiendo que, por lo regular, no se devuelven, confesando el

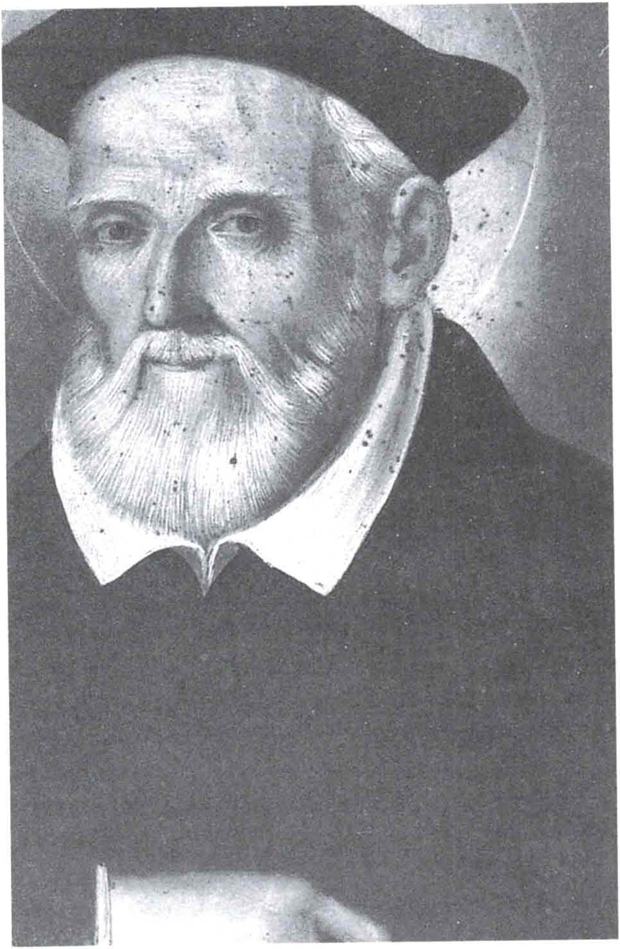
P. Pedro Consolino que eso lo sabía él por experiencia.

*«No conviene* —repetía— *aficionarse a cosa alguna de este mundo, por pequeña que sea, si se desea alcanzar la perfección; antes bien, se debe estar desprendido de las criaturas y ansiar llegar a tal estado que se necesite un 'julio' (un real) y pidiendo no se encuentre».*

Estaba el Santo tan ajeno al deseo de grandezas y tan desprendido de las riquezas, que a menudo decía: *No encuentro en este mundo cosa que me llene; y eso sumamente me complace, no encontrar cosa que me satisfaga.*

El aborrecimiento que el Santo tenía a las riquezas lo deseaba también en los suyos; por esto recordando una vez que uno de sus penitentes había, con avidez, acumulado un capitalito, le dijo: *Hijo mío, antes de que tuvieses dinero tu cara era de ángel, y yo me complacía en mirarte; ahora has cambiado el rostro, has perdido la acostumbrada alegría y estás melancólico; fíjate, pues, en tu estado.* Se avergonzó el sujeto en cuestión a las palabras del Padre, y en adelante, mudando de pensar, puso todo su empeño en acumular riquezas para la otra vida.

Preguntando un día el Santo a Gil Calvelli, lego de la Congregación, si quería dinero, éste

contestó: Padre, no deseo tal cosa. Repuso Felipe: *Si es así, quiero que vayamos al Cielo, y te quiero conducir yo mismo; pero a condición de que tú ruegues sin cesar a Dios que no te deje jamás entrar en deseo de riquezas.*

Lo mismo iba siempre encomendando a sus penitentes, teniendo con frecuencia en los labios aquella sentencia: *Que cuanto amor se pone en las criaturas tanto se roba a Dios.*